

LAS FRONTERAS DEL SOCIALISMO
(Reflexiones desde la obra de Gabriel Pradal)

MIGUEL NAVEROS
PERIODISTA

LAS FRONTERAS DEL SOCIALISMO

(Reflexiones desde la obra de Gabriel Pradal)

*Si me muero, que sepan que he nacido
para pasarle el tiempo a los de atrás.
He levantado el rastro. Esto me basta.
Otros ahecharán*

(BLAS DE OTERO. Campo de amor)

Recordar a un dirigente socialista como Gabriel Pradal ha de ser, ante todo, rescatar su ejemplo y su pensamiento para la reflexión del aquí y el ahora, una oportunidad que llega además en un momento idóneo, porque la época que vivimos es una época también para la reflexión y el debate de una izquierda que se encuentra ante el reto tal vez más importante de su historia, cuando nunca como hoy ha estado tan despejado su panorama teórico, con la ventaja que eso supone para poder articular un discurso y una práctica mucho más eficaces.

UNA SOLA IZQUIERDA. La historia ha demostrado a lo largo de este siglo que acaba que no hay marco teórico posible para la izquierda, para las fuerzas progresistas, que el del socialismo democrático o social democracia. El socialismo utópico primero y el

anarquismo después acabaron como alternativa real a los ojos de los trabajadores hace ya muchos decenios. Los movimientos sectoriales llevan muchos años demostrando que no pueden pasar por sí solos de ser una mera fuerza para la concienciación ciudadana en sus diferentes ámbitos de inquietud o actuación, ecologista, feminista, etc. El comunismo se ha derrumbado tras una densa historia y ha dejado de ser la alternativa que era.

El marco teórico y orgánico de la izquierda ha quedado pues delimitado a finales de este siglo XX a la socialdemocracia y la Internacional Socialista. La Perestroika impulsada en la URSS por Mijail Gorbachov supuso ya de por sí el fin teórico del comunismo en cuanto rechazaba sus dos rasgos específicos esenciales, la identificación del partido y el estado y la estatalización total de la economía. De esos dos rasgos esenciales nacía todo su entremado teórico y, rechazados ellos, todos sus rasgos políticos, sociales y culturales dejan de tener vigencia. Al tiempo, en lo político, la mera aplicación de los primeros pasos de esa Perestroika aún embrionaria ha supuesto el derrumbamiento del sistema comunista, clara y rotundamente rechazado allá donde ha gobernado, como se está viendo elección tras elección en la Europa hasta hace bien poco comunista. La gran escisión del movimiento socialista ha desaparecido, pues, casi de la noche a la mañana, cerrando un paréntesis histórico y dejando el socialismo democrático como única posible alternativa de la izquierda.

Sin embargo, la socialdemocracia tiene unas fronteras que conviene dejar muy bien definidas. Lo que siempre ha sido el principal problema del discurso socialdemócrata, el de la delimitación del espacio en el que moverse como propuesta teórica e ideológica, y por lo tanto al final como planteamiento político, se convierte ahora en un problema acuciente sobre el que reflexionar por un doble motivo. Por una parte, porque los enormes cambios producidos en el interior de nuestras sociedades, con un concepto de trabajo y de clase social ya muy distinto al de nuestros referentes teóricos, exigen la reformulación de un discurso de futuro, como ha planteado el "Programa 2000" en la primera fase de un debate que hay que continuar. Y, por otra, porque el fin del comunismo ha incorporado a la socialdemocracia e incluso

a la misma militancia en los partidos social demócratas a un significativo número de cuadros procedentes del comunismo -en especial de su lectura eurocomunista, precursora de discurso gorbachoviano-, al tiempo que ha levantado en todo el mundo una ofensiva ideológica y política de la derecha que intenta correr la socialdemocracia hacia posiciones liberales -librecambistas- añadiendo así a una victoria en toda regla contra el comunismo una victoria parcial sobre el discurso vigente de la izquierda.

En todos los ámbitos de la vida política, económica, social y cultural asistimos a ese intento de desvirtuar un discurso que coloca como prioridad del movimiento socialdemócrata el delimitar perfectamente cuál es su frontera por la derecha, qué valores permanecen esenciales en su corpus teórico, en sus posiciones ideológicas y en sus planteamientos políticos. Ejemplos como el de Gabriel Pradal y otros compañeros de generación que supieron en su momento conservar el rigor intelectual suficiente como para mantener las ideas del socialismo en el marco de unas fronteras muy delimitadas son hoy imprescindibles de traer al recuerdo. Ellos, en un momento no menos difícil que el actual, supieron resistir a una ofensiva teórica, a una oleada ideológica y a una auténtica marea social y mantener en pie el principio esencial de la socialdemocracia, que no es posible la existencia del socialismo sin el desarrollo democrático. Como acertadamente ha explicado el secretario general del PDS -hasta hace meses PCI-, Achille Occhetto, supieron mantener como el gran referente histórico la Revolución Francesa, y no la Soviética. Hoy, años después de aquella clarividencia de no ceder al entusiasmo sincero de los Años Veinte, al nerviosismo no exento de contradicciones de los años treinta y su auge nazifacista, al éxito militar y político del comunismo de los Cuarenta, al maniqueísmo distorsionador de los Cincuenta o la fácil atracción tercermundista de los Sesenta, se ha visto que aquella reflexión tan racional de hombres -uno de ellos Pradal- muy distintos entre sí, pero con unas ideas básicas muy firmes y claras, fue enormemente correcta y que, gracias a ella, la izquierda ha conservado hoy un patrimonio sólido sobre el que asentar un discurso de futuro que urge.

POR UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL. Cuando se inició la Guerra del Golfo con la invasión y posterior anexión de Kuwait por Saddam Hussein, Felipe González hizo una advertencia que se ha comentado poco y que, sin embargo, me parece esencial para analizar el mundo de hoy, que de la solución que se diese al conflicto iba a depender el mapa político de la post-Guerra Fría. Esa nueva situación internacional, o sea, la política, de los próximos decenios. Frente a la agresión de Saddam a un estado soberano -poco democrático, pero ésa es otra cosa- se dibujaron dos líneas de actuación a lado y lado de la frontera política de Occidente, la dura de los EE.UU., con la Gran Bretaña conservadora a la zaga, y la de la mayoría de los países europeos, con Mitterrand y González a la cabeza, más predispuesta a la negociación desde la indiscutible exigencia de la retirada irakí de Kuwait. La vía de los EE.UU. se impuso y se reforzó, de paso, una aún más clara hegemonía norteamericana en la cual hay necesariamente que enmarcar el momento político.

Todo el montante de la política internacional vive bajo esos parámetros y en la corrección de esa tendencia hay que fijar el primer objetivo para una política mundial progresista. Escribió Norberto Bobbio en los días de la caída del Muro que "el comunismo ha muerto, pero no eso no significa que hayan acabado las injusticias, ni en el seno de nuestros propios países ni, sobre todo, en las relaciones internacionales". Es más, se podría añadir, coincidiendo con Bobbio, que justo por esta nueva situación el esfuerzo por darle un vuelco a la situación mundial es más urgente en cuanto más posible.

No es admisible, por motivos éticos ante todo, pero políticos también, que al borde del año 2000 más de media Humanidad pase hambre, una situación sangrante que se agrava con la crisis total del Este, que va a llevarse, por razones políticas y de rentabilidad a medio plazo, la parte del león de las ayudas y grandes proyectos económicos internacionales.

Un cambio profundo de estas relaciones internacionales, conteniendo el abismo creciente entre el Norte y el Sur, primero, y remontándolo, después, se hace prioritario. La izquierda no puede

admitir una tendencia histórica así que condena a centenares de millones de personas a una creciente miseria y que amenaza con una seria desestabilización todo el panorama internacional y , también, nuestras mismas sociedades, como se está viendo con el enorme y cada día mayor flujo migratorio hacia los países desarrollados.

Hay que invertir, pues, la lógica de la política internacional, y para ello hace falta un instrumento. Todo indica que la alternativa a esa política hegemónica del Norte puede venir sólo de Europa, y más concretamente del proceso unitario europeo. El contrapeso que una Europa con hegemonía socialdemócrata podría hacer al ultraliberalismo de los EE.UU. se perfila como la única garantía para ir resolviendo el problema al que Bobbio aludía y que todos nosotros vemos y leemos todos los días. Dotar de contenidos esta unidad europea se presenta pues como la más importante tarea de la socialdemocracia como movimiento mundial, porque en ella va a estar durante decenios su principal instrumento político, el único posible -la ONU, no lo olvidemos, es no más que una mera resultante de la correlación de fuerzas internacional- para el gran reto del 2000, el de invertir la tendencia de la diabólica dialéctica Norte-Sur.

EL DECISIVO PAPEL DE EUROPA. La social-democracia es la única fuerza con una voluntad clara de unidad política europea hasta sus extremas consecuencias, de hacer de la CEE algo más que un activador y reacionalizador económico. El dibujo de una política exterior común que dé a Europa una voz propia y autónoma ante cualquier acontecimiento internacional -algo que se echó de menos en la Guerra del Golfo- y de una política interior compensatoria entre las zonas más ricas y las más pobres del Continente y entre unos y otros estratos de la población es el doble eje en el que va a centrarse la batalla por qué unidad europea hacer. En ambos diseños la diferencia entre las propuestas de la socialdemocracia y las demás fuerzas políticas, entre la izquierda y la derecha, es grande. En lo interior, el ejemplo de la diferente salida de la crisis adoptada por Gran Bretaña o España es un ejemplo significativo al respecto. En la Gran Bretaña conservadora de

Margaret Thacher el neoliberalismo exacerbado ha empobrecido dos tercios del país y ha creado enormes diferencias sociales desconocidas durante décadas en el seno de la sociedad británica sin ni siquiera presentar un balance económico general más positivo -incluso me atrevería a decir que bastante menos- que el que presenta, en el mismo segmento de tiempo, la política económica llevada adelante en la España de Felipe González, en la que la crisis ha sido superada al tiempo que se empezaba a acometer la solución de problemas sociales de primer orden que en España nunca habían estado resueltos o a rellenar carencias infraestructurales y de equipamientos también históricas, a afrontar en suma la reforma profunda de un país muy anticuado. En lo exterior, la posición ante la crisis del Golfo (González, Mitterrand y De Michelis fueron los gobernantes de Occidente que buscaron con más voluntad un acuerdo pacífico), ante la unidad alemana (los problemas que advirtió el SPD a Kohl están aflorando dramáticamente uno tras otro)- o ante la reciente crisis yugoslava (España y Francia han advertido contra el apoyo mimético a un desmembramiento anárquico, que sería peligrosísimo, de los estados de la Europa Central y del Este) dan igualmente la medida de las importantes diferencias entre una y otra estrategia.

EL PROGRESO DE ESPAÑA. Y la misma reflexión vale para España, por más que la política económica y algunas de las sectoriales del Gobierno hayan levantado críticas sindicales y de sectores de la izquierda. El profundo proceso de cambio de las estructuras de este país acometido por el Gobierno del PSOE a partir de 1982, al que ya he aludido, ha sido parte inequívoca de un programa de izquierdas que nunca habríamos tenido en un programa de la derecha. La modernización, como toda actuación económica, social y política, tiene también dos posibles caras, dos posibles tendencias, y la izquierda es tal en tanto no confunda, como le quieren hacer confundir, economía de mercado con capitalismo, en tanto regule desde el poder la dinámica natural de las leyes del mercado y de la sociedad que vive y opera dentro de ellas.

En España ha habido en estos últimos años debates políticos y sociales que ilustran bien esta diferencia entre maneras y maneras de modernizar y dinamizar un país. No se puede asistir a una multiplicación de los beneficios empresariales -que se ha dado- sin paralelamente hacer crecer el empleo o avanzar las prestaciones sociales y el nivel de vida directa e indirectamente, desde los salarios y también desde los servicios. No se puede, por ejemplo, acometer una profunda reforma de la sanidad sin haber universalizado antes el sistema sanitario público o acometer una reforma profunda de la enseñanza sin crear un puesto escolar para cada niño y un sistema de becas que asegure a todo joven que valga poder seguir estudiando mientras quiera y académicamente pueda. Estas líneas, independientemente de matices que habrían incidido más en unos puntos o menos en otros, se han llevado adelante en España a lo largo de los últimos años, y hay que recordarlo para evitar, de entrada, confusiones o malentendidos, teniendo en cuenta que en política es un error hacer los análisis desde la estricta aritmética y conviene analizar en primera instancia las tendencias, los vectores de las políticas practicadas, para descender después ya a las casuísticas y las cuentas.

Las grandes líneas de la política de izquierdas en España se están cumpliendo. La tendencia de la modernización en progreso, no sólo en desarrollo o en expansión, de la sociedad española es palpable y además de ser las empresas más rentables, que lo son, se han creado y están avanzando las prestaciones sociales que nunca tuvo, por su especial historia, nuestra sociedad. Eso es indudable y son incuestionables -repito que matiz arriba o matiz abajo- los resultados de una política.

LA PRESION DESDE LA DERECHA. Sin embargo, la presión de la derecha y lo que significa a todos los niveles de la vida nacional es enorme y, al igual que sucede en el ámbito de la política internacional, su amenaza sobre el discurso socialista y su puesta en práctica, sobre la política progresista y de izquierdas, es considerable y se empieza a hacer notar.

Capas urbanas profesionales cuyos trabajos han alcanzado precisamente por la aplicación de una política de izquierdas una dignidad y valoración que nunca habían tenido han vuelto su mirada a la derecha por entender que las nuevas necesidades que su mejor nivel les está creando no están siendo debidamente atendidas, demandando unos servicios que no por importantes son los más urgentes a atenderse desde los presupuestos del Estado o las Comunidades Autónomas. El gremialismo avanza de manera alarmante en el mundo sindical no sólo a través de los sindicatos autocalificados de independientes, sino en el seno mismo de los sindicatos de clase, en parte por el argumento -sincero o no, pero erróneo en todo caso- de poder resistir mejor la ofensiva de los sindicatos amarillos. La neurosis por la seguridad ciudadana está provocando fenómenos de desprecio por las libertades y de racismo en amplios sectores de las capas medias e incluso en sectores de la izquierda sociológica que entroncan con una lectura conservadora de la vida y la política. En el mismo seno del aparato ligado a las distintas administraciones se ha tenido en casos formas y comportamientos que chocan con la ética que la socialdemocracia ha representado históricamente y que están siendo aprovechados para unas acusaciones políticas llenas de exageración y demagogia, sí, pero basadas en hechos y a las que el Presidente del Gobierno ha aludido para llamar a conservar el "buen nombre" del PSOE, o sea, de una política y lo que representa.

LA FRONTERA DERECHA. La sociedad en la que vivimos es la que es e intenta llevarlo todo a su terreno. Es una ley que encontraremos en cualquier civilización y que encontramos también en ésta. La dinámica del poder económico, en nuestro país políticamente más activo de cuanto muchos ciudadanos piensan -ahí está la pervivencia de muchos medios de comunicación llamados independientes para demostrarlo-, intenta la reproducción de sus principios de funcionamiento también en el seno de las fuerzas que apuestan por un profundo cambio en los valores de una sociedad y el riesgo de desvirtuar parte de nuestro discurso y nuestro modo de actuar está presente. Vivimos en medio del sano -sacrosanto y sano- riesgo del

libre intercambio de las ideas, de la democracia, y a veces conviene parar un poco y reflexionar, pensar en los peligros que acechan, en los peligros que nos acechan. Los fuertes poderes que rigen el mundo que queremos reformar y cambiar colocan a menudo cebos con los que tenemos que tener mucho cuidado. Que avancemos y seamos un país más rico no debe implicar que nos comportemos como aquellos países ricos que siempre hemos criticado. Que porque avancemos pasemos cada vez más tiempo pensando complacidos en nosotros mismos no es admisible. Que el poder sea necesario para llevar adelante nuestro programa no significa que tengamos que defender el poder a cualquier precio.

Un día la socialdemocracia supo limitar su frontera izquierda y comprender que el bolchevismo era un cebo mortal -involuntariamente mortal en sus orígenes- para la izquierda. Hombres clara y nítidamente de izquierdas como Gabriel Pradal supieron verlo y mantuvieron su discurso de izquierdas sin ceder un ápice a la demagogia. Hoy, cuando el comunismo ha caído no podemos perecer nosotros engañados por no oír en forma de revoluciones por aquí y por allá unos cuantos redobles de conciencia que nos recuerden lo que en el mundo pasa, lo que desde Europa tenemos que intentar cambiar con más fuerza o lo que a nuestro alrededor, en nuestro mismo país, aún pervive de un pasado que estamos venciendo. Ir ganando día a día parcelas a la injusticia que pervive es el fin de la izquierda y de la política de la socialdemocracia. Instalarse en la autosatisfacción y la autocomplacencia sería haber picado en el cebo mortal que nos han preparado, en la cadena de cebos que a todos nosotros nos han puesto. Por eso, debemos colocar una frontera nítida también a nuestra derecha y trabajar sin miedo en nuestro terreno, porque no olvidemos que es un terreno tan amplio como para defender al día -y eso se lleva haciendo ya cien años- los intereses de la inmensa mayoría.

MIGUEL NAVEROS
Almería, Julio, 1991.